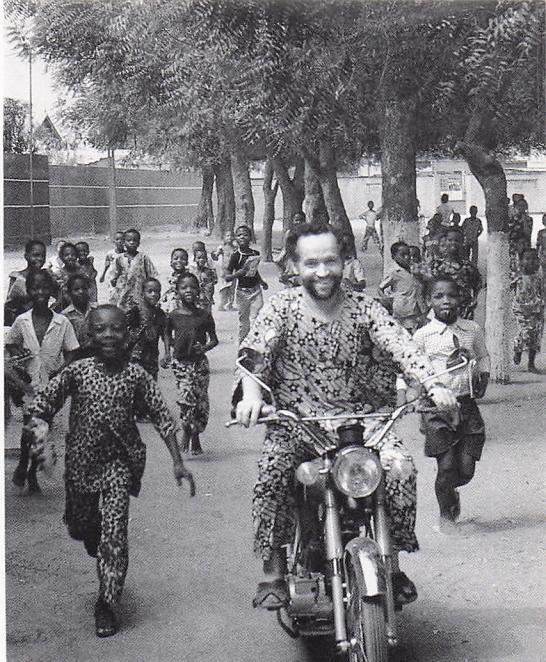


DON ISAAC
PASCUAL
GONZALEZ



1. DIO A SU VIDA TODO SU SIGNIFICADO.

«*El buen Pastor da la vida por sus ovejas*» (Jn. 10, 11).

Nuestro querido P. Isaac ha dado su vida por sus negritos. Así escribía el 14-5-84: «Dar la vida por sus ovejas es anularse, renunciar a su categoría, por una criatura inferior a uno mismo. Esto es sencillamente absurdo, va contra el orden natural: lo inferior está al servicio de lo superior, y no lo contrario». Pues es lo que ha predicado y practicado Cristo: el absurdo, dar para tener, **morir para vivir**, estar contento cuando se llora (...). Si se mira nuestro ser en profundidad, nuestro destino, nuestra relación mutua no hay absurdo que valga. No hemos aprendido aún que solos no somos nada, no podemos nada, no valemos nada: vivir para sí y sólo para sí es ir directos a la nada, pues desconectados de Dios y del otro, no tenemos sentido. Mirados desde nosotros mismos, somos la nada, y vamos hacia la nada (...). **Morir a sí, a lo suyo, por dar vida al otro, al todo, es comenzar a ser de verdad**, porque es caminar hacia la construcción del todo, única realidad existente para siempre».

Estas palabras, fruto de su profunda vida interior, de su manera de ver las cosas de aquí abajo, pueden servirnos de resumen de su vida. Isaac amaba la vida, pero una vida vivida en plenitud de amor, sacrificada en favor de los demás. Nunca pensaba en sí mismo: su preocupación constante eran los demás: dar la vida y darla sin medida y por amor, transcender las cosas de este mundo que pasa, para hacer que lo vivido aquí abajo tenga valor de eternidad. «Tengo que vivir la aventura humana –decía– con tal tensión como si fuera el único habitante del planeta». «Para quien ha ido muriendo en vida a todo lo rebelde, la muerte final no será la gran sorpresa y desengaño, sino el auténtico descanso y comienzo».

El Domingo de Pascua, 3 de abril de 1988, a las 5,30 de la tarde, fallecía en su pueblo natal (Aguilar de Bureba, Burgos). Así daba plena significación a sus palabras.

2. SU PASO POR ESTA TIERRA.

Isaac había nacido el 17 de septiembre de 1936. Cuarto de los siete hijos que tuvo el cristiano matrimonio formado por Casimiro Pascual y Manuela González, ingresó como aspirante a la vida salesiana en Astudillo a la temprana edad de 12 años, en 1949. De allí pasó a Arévalo. Comenzó el Noviciado en Mohernando el 15 de agosto de 1953 haciendo la 1.^a Profesión religiosa el 16 de agosto de 1954.

No ha sido el único miembro de la familia en la vida religiosa: un hermano de la Salle y dos hermanas de la Congregación de San José de Gerona, además de otros tantos tíos y primos religiosos, dan idea de la fe que se vivía en su familia.

Hizo sus estudios filosóficos en Guadalajara del 1954 al 1957. Pasó su trienio práctico en Madrid (Paseo de Extremadura). El 1 de marzo de 1964, de manos de Monseñor González de Arbeláez, recibía la Ordenación Sacerdotal en Salamanca. Sacerdote, le vemos desplegar su celo apostólico en Santander (64-66), en Pasajes (66-68), en Pamplona, donde cursó estudios de Filosofía en la Universidad de Navarra, obteniendo la Licenciatura. Baracaldo le tuvo como catequista del 70 al 71. Estando en esta Casa se despertó en él la inquietud misionera que desde hacía tiempo sentía en su corazón, y solicitó ir a misiones. Se le destinó a Brasil, pero sus anhelos no pudieron entonces verse realizados debido a los dificultosos trámites de la emigración. Siguió su tarea en la Inspectoría de Bilbao: en Cruces como Director Técnico (72-73), en el Aspirantado de Logroño como Coordinador, Consejero, Profesor (73-79) en la Obra «Los Boscos» (79-83).

El año 1980, respondiendo a la llamada del Capítulo General XXI sobre el «Proyecto Africa», nuestra Inspectoría de Bilbao inicia su presencia misionera en la República Popular de Benín. Las noticias enviadas por los primeros misioneros reavivan en Isaac sus ansias misioneras y de nuevo presenta a los Superiores su ofrenda, y sus deseos se ven finalmente cumplidos en diciembre de 1983, siendo destinado a Porto-Novo, que es nuestra segunda presencia en Benín.

3. LA REALIZACION PLENA DE SU VOCACION.

«AFRICA NEGRA DE ALMAS BLANCAS». SUS PRIMERAS IMPRESIONES.

Copio de su diario: «Yo he venido aquí en plan redentor, salvador, superior... a un mundo “pagano” “perdido”, al que había que enseñar el bien, el buen camino... y en dos días que llevo viviendo con los africanos, me siento avergonzado, frío, materialista y perdido, al lado de ellos. He tenido que venir aquí para descubrir un corazón dentro de cada hermano, una sencillez, cordialidad y naturalidad, que en la culta Europa ya no se encuentra, una fe, una espiritualidad, unas relaciones con Dios, que en Europa falta, porque sobra Dios. Mucho sufrimiento y contratiempo me ha costado llegar, pero bendito sea todo, con tal de haber encontrado esto. Cuando yo sufria la soledad, sueño, calor, inseguridad, abandono en el aeropuerto de Lagos (¡su llegada a Africa fue toda una odisea!), después de ser amenazado con devolverme a España, o meterme en prisión, yo decía en mi interior: “Mirad lo que os quiero, Jesús y amigos negritos, todo esto por vosotros».

«Apenas llevo dos días y ya ha llegado la recompensa con creces a mis penas... Me siento en mi casa, en mi familia, en mi país... Todos me saludan, me miran, me quieren... de un modo nuevo, nunca experimentado. Yo venía a traer

un amor, un mensaje, una convicción, una vida.... y paradójicamente, soy yo quien acaba de recibir, a raudales, todo eso y más.

»Aquí el hombre, el joven, el mayor, está más cerca de Dios, menos maliciado por la “civilización”. Aquí se da y se recibe todo con naturalidad. Aquí se tiene menos, pero se es más. Dios es todavía algo, casi todo, para estos negros, y su mensajero blanco, es visto como lo que quiere ser de verdad. Bendito el día en que se abrió para mí un camino, aunque largo y duro, hacia la negra África de alma blanca». Así escribía el 1 de diciembre de 1983.

Africa le sorprende, le emociona, descubre otro mundo, otras realidades: se siente en su sitio... «Aquí en África –escribe–, se vive lo sobrenatural de una manera inmediata, habitual: la gente ve a Dios en todo, y Dios debe estar muy cerca de ellos. Cuando rezan, se nota exteriormente que se encuentran en su presencia, que le “ven”. No les importa lo que piensen los otros, para sus posturas, sus gestos. Igual rezan que cantan la oración, aun solos. Lo mismo están de rodillas que brazos en cruz, que totalmente postrados por tierra. Sea como sea, ellos están a lo suyo».

«Lanzarse al África parece una aventura, un riesgo, una heroicidad, pero no es nada de eso. Aquí el hombre se conserva un poco como salió de las manos del Creador, sin el contagio de todos esos males que el desarrollo mal vivido ha traído al mundo consumista occidental. El Sistema Salesiano parece hecho para el África. Los niños y jóvenes africanos necesitan más que nada, amor. A nosotros nos han adivinado el carisma sin decírselo, y están locos por nosotros. Tanto que estamos un poco avergonzados...».

Isaac caló desde el primer momento el alma africana... y siempre y en todo se sintió feliz... Se entregó sin reservas, sin cálculos egoístas. Como buen salesiano, se daba todo a todos. Su despacho estaba siempre abierto a todos: pobres, enfermos, hambrientos, tarados psíquicamente... Todos acudían a él y todos encontraban en él comprensión, acogida, cariño, y se sentían aliviados, y él, como otro D. Bosco se sentía a gusto: «Aquí con vosotros, me encuentro bien».

Isaac amaba con espíritu sobrenatural todas las cosas. Le gustaba profundizar en las ciencias ocultas, en los secretos de la naturaleza, en un mundo de ficción que para él era una realidad.

Sus libros preferidos eran los que hablaban de las ciencias ocultas, de los poderes ocultos que el hombre tiene en sí para adentrarse en la realidad del cosmos.

Isaac amaba la naturaleza: en sus ratos libres le veíamos cultivando el huerto anejo a la casa, podando los árboles de la Misión, pintando muros, cuidando el césped del jardín, plantando y mimando las plantas, con quienes –decía– él entraña en comunicación directa... Los animales eran objeto de sus más solícitos cuidados: cuidaba las gallinas, amaba los perros, los gatos, los pájaros... Le regalaron una cabrita y él la educó a su manera... y muchas veces, después de cenar, salía de paseo acompañado de «Chivi» (así se llamaba) y de «Bijou» (la perra), quienes en torno de él daban saltos de alegría con gran admiración de todos; pero sus salidas tenían otra finalidad: encontrar a la gente, y a los niños sobre todo, entrar en contacto con ellos... y todos al verle le seguían, todos le admiraban. Todos veían en este «yobo» (blanco) algo especial que les imantaba. Para él no había distinción de credos: acogía lo mismo a paganos que a musul-

manes, que a cristianos... Los musulmanes se sentían «celosos» y temerosos al ver que sus hijos, en su candidez de niños, se sentían fuertemente atraídos por él.

Los niños, sus «yopocelé» fueron los primeros en comprender lo mucho que les quería... No le dejaban tranquilo un momento..., su despacho era cada día invadido de niños, que le rodeaban, que acudían a él al salir de la escuela, y él les acariciaba, les dirigía a todos una buena palabra, bromeaba, les contaba historietas, jugaba con ellos, les hacía regalos de cosillas que él había traído de su pueblo... Los pobres acuden a él, y él siempre tiene algo para darles: sea un poco de leche en polvo, sea fruta de la huerta...

Sus dos grandes quehaceres:

a) **El cuidado de los enfermos.** La parroquia San Francisco Javier es inmensa: en ella tenemos muchos enfermos o ancianitos o handicapés. Isaac acogió con gusto, desde el primer momento, la pastoral de los enfermos, y no quería que nadie le sustituyera. Los seguía muy de cerca. Los jueves y viernes dedicaba casi toda la mañana en llevarles la comunión y el consuelo de su cercanía y de su cariño. Con frecuencia se le veía coger su moto «Yamaha» y acudir a la llamada de quien solicitaba los últimos Sacramentos. Su llegada a casa de los enfermos era una bendición. Disponible en todo momento: dejaba todo lo que tenía entre manos para acudir presuroso al lado de quien solicitaba sus servicios. Cuando él cayó enfermo, con qué hondos sentimientos le siguieron en su enfermedad. Yo lo pude constatar personalmente al tenerle que suplir en este ministerio: he visto a muchos enfermos llorar al ver que su «gran amigo» no estaba ya a su lado... y rezaban y rezaban con fe y hasta ofrecían sus vidas por su curación.

b) Encargado de la catequesis

Isaac asumió también con plena responsabilidad la dirección de la catequesis de la Parroquia y de los cuatro poblados que atendemos. Un trabajo inmenso, sobre todas las fuerzas... La Parroquia contaba este año con 3.600 niños en la catequesis y con más de 120 maestros catequistas. El encontraba tiempo para todo. Todo problema, toda dificultad hallaba en él pronta solución. Llevaba los registros en orden y al día... Convocaba con frecuencia a los catequistas dándoles sabias directrices y alientos en su duro quehacer. Todos los miércoles y sábados por la tarde la misión se ve inundada de niños que acuden a la catequesis. El vigilaba el orden... les visitaba clase por clase cada semana... seguía de cerca la marcha de la catequesis, la asistencia a la misa dominical... convocabía con frecuencia a los padres... y él mismo, en sus ansias apostólicas y su celo por hacer el bien encontraba tiempo para catequizar a los jóvenes. El Movimiento de Renovación Carismática encontró en él un guía y un maestro.

4. LOS COMIENZOS DE SU ENFERMEDAD

Isaac gozó siempre de una buena salud. El decía: «Yo conozco mi cuerpo y sé cómo tratarlo para prevenir todo mal». Con todo, en los últimos meses recuerdo que alguna vez, y de repente, se echaba las manos a la cabeza y decía: «Ay, qué dolor tan fuerte siento, me parece que la cabeza me va a estallar». Era cuestión de unos momentos y el dolor se le pasaba.

A mediados de noviembre del año pasado comenzó a sentir ciertos malestares. Le llevamos al médico. Le cuidan con toda atención. Se pensaba que era padecimiento, que el mal estaba en el páncreas, que había agrandado un poco. Se sentía cansado, pero no cesaba en su trabajo. A ratos le veíamos tumbado en una «chaise longue» y a ratos acogiendo a todos. En vistas que a su mal no se hallaba remedio decidimos trasladarle a la Comunidad de Cotonou, para que allí fuera mejor vigilado y atendido por los médicos. Y allí permaneció sintiendo constantemente la nostalgia de su Porto-Novo. Los médicos se desvelaron por él y le hicieron toda clase de análisis. Pero he aquí que a finales de diciembre comienza a sentir una progresiva parálisis en la parte izquierda de su cuerpo. Los médicos no aciertan a diagnosticar la causa. El acepta todo con paz y resignación. «Esto –decía– es algo pasajero... es cuestión de un poco de ejercicio», pero de día en día el mal seguía haciendo su avance. De Porto-Novo le íbamos a ver una o dos veces por semana. El siempre nos acogía con alegría exhortándonos a seguir sin desfallecer, a no caer enfermos. «Resistid –nos decía–, que yo pronto estaré de nuevo entre vosotros para ayudaros».

A mediados de enero, viendo que las cosas empeoraban decidimos ambas Comunidades de Cotonou y Porto-Novo, de repatriarle. Los hermanos de Cotonou ya le habían notificado su decisión al respecto. Yo acudo junto a él, y nada más verme me dice: «Manolo, te van a decir que hay que enviarle a España; tú diles que no, que yo quiero seguir aquí...». «Mira, Isaac –le dije–, esto no depende de ti. Somos nosotros los responsables directos de tu salud... y yo también estoy de acuerdo con los Hermanos de Cotonou: tendrás que volver a España para cuidarte». Y ante estas palabras, él se calló y me dijo: «Está bien, acepto vuestra decisión...». Y así el 17 de enero, llevado hasta el avión en un carrito de ruedas, emprendió viaje a la patria. Llega a Bilbao acompañado de Chema Martínez. El 19 le trasladan a la Clínica Universitaria de Pamplona: allí diagnostican enseguida que tiene un tumor en el cerebro. El 25 le llevan a Madrid y allí le hacen una punción en el cerebro para conocer la naturaleza del tumor y constatan que el tumor era maligno, «irreversible e inoperable» y le dan dos meses a lo más de vida. Le recluyen en la Clínica Santa Elena donde trabaja una de sus hermanas religiosa y allí su habitación se convertirá en cátedra desde donde él impartirá a todos su fe y su amor a las misiones.

«Con la enfermedad –nos dice Francisco Pintor, que le atendió durante un tiempo– él descubre dos cosas: una, que los Hermanos son mejores y más cariñosos y afectivos de lo que él suponía; la segunda faceta es que los demás descubren en él otras cualidades o sensibilidades que hasta entonces no habían caído en ellas». «La cama de Isaac es un púlpito. Se tocan temas en profundidad: de lo poco cristianos que somos, de la fe del africano, de lo necesitados que están... Clama por coadjutores que vayan a liberar a aquellos pequeños aprendices, que ya desde los 7 y 9 años son explotados por los patronos, que los golpean y maltratan despiadadamente. Dice: “Serían endiosados, queridos, felices por la correspondencia de aquellos negritos”».

Cada persona que entra a visitarlo, en la conversación que mantiene, trata de ganárselo para su causa... Tiene fe en sus negritos que le van a curar con sus oraciones. Es tal su fuerza y fe, que no hace más que proyectos... y pide a los médicos que le dejen ir a reponerse con sus negritos... Habla de las penurias que sufren, de lo agradecidos y bondadosos que son (...).

D. Eusebio Castrillo, coadjutor, que le atendió también en su enfermedad y últimos días nos dice: «Siempre estaba pensando en África. Le dije que sólo le faltaba la piel para ser africano, que había dejado allí el corazón y él me contestó: “que para él no contaba ni España, ni la Congregación, ni la familia: sólo sus negritos”. Todo lo había dejado allí. Habló con Porto-Novo y les dijo: “que estaba en el mejor hospital de España, y con monjas que eran ángeles, que en dos o tres meses volvería, que pensaba llevar un video”».

»“Cuando me cure iré por todas las Casas de la Inspectoría hablando y convenciendo a los Salesianos de lo que pierden por no estar en Benín”. Pensaba siempre en sus negritos como una madre que se encuentra lejos de sus hijos pequeños y solos. “Nadie puede amar más que mis negritos de Benín”. “En adelante no seré feliz más que en África”. “Nunca agradeceré tanto a Dios de haberme llevado a Benín: ni en casa, ni en la Congregación lo comprendían... y yo me fui...”. “Siento lo que los niños de Benín sufrirán por no estar con ellos”. “Yo pertenezco para siempre a África”. “No hay alegría mayor que la que vivo en Benín”. A todos los despedía: “Adiós, si me quieren bien, ruega para que vuelva pronto a Benín”. A todos los que le visitaban les preguntaba si querían ir con él a Benín: salesianos, salesianas, familiares, gente de su pueblo pasaban a visitarle. Un domingo estaba la habitación llena de gente y le dije: “Tanto te quieren los de Aguilar que ya no vas a querer ir a Benín” y él me contestó: “Los míos son aquéllos”. “Esta enfermedad dará mucha gloria a Dios”. “Estoy seguro que curaré porque en Benín me necesitan”».

D. Salvador Bastarrica le visitó varias veces y dijo que era el salesiano con más entusiasmo misionero que él había visto. Un día le pregunté: «En el tiempo que lleva enfermo, ¿ha soñado alguna noche con sus negritos de África?» Su rápida respuesta fue: «Todas». «Nunca me hubiera imaginado tanto, sin la enfermedad, que los Salesianos nos queríamos tanto. Esto me tiene lleno de alegría».

El 21 de febrero se le administró el Sacramento de la Unción. Los filósofos de Urnieta le escriben ofreciendo cada uno un año de su vida por su curación. D. José Frutos le mandó unos versos que trataban de su vida misionera y enfermedad: «Desde ahora –dijo– del Padre Nuestro sólo me quedare con esto: “Hágase tu voluntad”». El día 2 de abril, Sábado Santo, todos creían que Isaac se moría. No contestaba. A veces se le paraba la respiración, se quedaba morado y frío. Llevaba 25 días sólo con suero. Hoy ya no ha hablado ni una sola palabra. Por la tarde comió algo.

Día 3 de abril, Pascua de Resurrección: la noche la ha pasado sereno. A las 7,40 dio unos fuertes gritos, acompañados de fuertes convulsiones, que duraron 5 minutos. Entró en coma, y así en agonía permaneció hasta después del mediodía que le sacaron para llevarle a morir a su pueblo. Media hora después de llegar a Aguilar, a las 5,30 de la tarde del día de Pascua, se unía para siempre con Cristo en su resurrección para participar en su gloria eterna, después de tanto sufrir y amar a los suyos.

La noticia de su fallecimiento llegó enseguida a África y se anuncia a todos. El 4 por la mañana, lunes de Pascua, la Iglesia de San Francisco Javier de Porto-Novo, se ve repleta de gente que acuden a rezar por él. La Coral gregoriana canta la Misa de Requiem. En la homilía les hablo de la participación de Isaac a la Resurrección de Cristo... Veo que por muchos rostros las lágrimas se deslizan si-

lenciosas: ¡tanto le querían! ¿Y los niños...? Cuando se enteraron que su gran amigo había muerto, lloran también y rezan y rezan y están seguros de que su siempre querido P. Isaac les va a proteger desde el Cielo.

En su pueblo natal, Aguilar de Bureba, recibió el último adiós el día 4 de abril. El Padre Provincial D. Federico Hernando, presidió la Eucaristía y glosó su figura humana y sacerdotal en una emocionante homilía, y dio sepultura a sus restos mortales. La iglesia románica estaba abarrotada de fieles, amigos, conocidos y familiares de Isaac. En la calle muchos fieles, que no encontraron lugar dentro del recinto sagrado... Así era él de querido y amado por los que le conocían.

El martes, día 5, presididos por el Sr. Obispo de Porto-Novo y rodeados de numerosos sacerdotes, se celebra en su Parroquia de S. Francisco Javier el funeral por su eterno descanso. La inmensa iglesia estaba a rebosar. «Todos –decía el Obispo–, estamos conmovidos por la muerte del P. Isaac. Sacerdote ejemplar, de gran celo apostólico. El tenía la pasión de la salvación de las almas. Su vida espiritual era para él una constante preocupación... Su sólida formación católica lo había preparado al servicio muy apreciado que él ejercía en la catequesis. El sabía que hace falta tiempo y perseverancia para una catequesis en profundidad... Cuando uno de sus parroquianos caía enfermo, él le visitaba sea en su casa sea en el hospital... Mimaba a los enfermos. El me confiaba en una ocasión que no se atendía lo suficiente a los enfermos. El Padre Isaac tenía la preocupación por las vocaciones. Para un salesiano el amor a los niños es todo uno, pero en el P. Isaac creemos revivir a San Juan Bosco. El amaba a los niños. El decía: “Es mejor que ellos estén cerca de mí y no lejos, pues así yo podré verles y corregirles lo que hacen mal”. Su desaparición física será profundamente sentida por los niños y los jóvenes de la Parroquia».

D. José Antonio Rico, dando el pésame al P. Inspector escribía: «Quiero expresarte a ti, mis sentimientos de condolencia y de común esperanza, porque habéis perdido aquí abajo a un misionero celoso, pero contamos con él como protector en el cielo. Que él atraiga del Espíritu la gracia de las conversiones en Benín, de la multiplicación vocacional y de deseos de invitación a otros hermanos de la Inspectoría. No es exagerado reconocer que en Isaac **brilló** un gran amor por los muchachos de Benín, que él se sentía feliz, como iluminado, cuando estaba con ellos, y que ha hecho, como otros en otros lugares de África, lo que una religiosa me dijo en Malí: “Con Vdes. ha llegado acá algo nuevo”. “¿Qué?” “Que los muchachos se sienten queridos”. El Sistema Preventivo, bien aplicado, puede ser el futuro de un África más cristiana. ¡Que el P. Isaac interceda!».

Creemos en la presencia protectora de Isaac sobre nuestras misiones. El escribía: «Yo quiero pasar sobre la tierra siendo bálsamo para todos». «Yo quiero enviar cada día una pequeña llama de esperanza y de amor». «Yo ofrezco toda mi vida por la construcción del Reino de Dios». «Si vosotros tenéis un poco de fe, esperad el cielo que Dios os va a dar después de la muerte, pero si vosotros sabéis soñar, ved el cielo ya entre vosotros». «Quien cree en Cristo y se deja poseer por su amor es ya un ciudadano del cielo».

Porto-Novo, julio 1988.

DATOS PARA EL NECROLOGIO

Sac. Isaac Pascual González

- Nació en Aguilar de Bureba (Burgos), el 16 de septiembre de 1936; el cuarto de siete hijos.
- Ingresó en el Colegio Salesiano de Astudillo a los 12 años.
- Ingresa en el Noviciado el 15 de agosto de 1953.
- Es ordenado Sacerdote en Salamanca el 1 de marzo de 1964.
- Muere en su pueblo natal, Aguilar de Bureba, el 3 de abril de 1988.